



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

DIÁLOGO CON FABIO

Bruno Brusini Domínguez



DIPLOMA 2013

DIÁLOGO CON FABIO

Bruno Brusini Domínguez

Diálogo con Fabio

Un relato de Luciano Luna

La habitación era blanca, amplia, luminosa. Dos sencillas sillas metálicas reposaban a ambos lados de una mesa situada en el centro de la sala. Fabio se aproximó a la más cercana y se acomodó. Cerró los ojos e inspiró profundamente. Al abrirlos, Ella ya estaba ahí. Frente a él, una vez más, años después de su última charla.

- ¿Quién eres, Fabio?
- Me gusta decir que soy un libro a medio escribir, soy líneas de poesía, de comedia, de drama. Líneas de risas, llantos, ilusiones, sueños, música. Páginas escritas, y páginas en blanco que se llenan de mil trazos que dibujo cada día. Líneas escritas con una pluma mojada en la tinta de la experiencia.
- ¿Cuánto has escrito desde que me llamaste por última vez?
- Capítulos, largos y fascinantes. Quiero hablar contigo sobre el que cerré hace apenas un año. Tiene tanto contenido, tanto sentimiento, tantas vivencias que podría afirmar que se trata del mejor capítulo de mi obra. La perfección no existe, y lógicamente esta parte no es perfecta. Pero le guardo un cariño especial, ha dejado un recuerdo imborrable. Lo suficiente para verte de nuevo y hablarte sobre él.
- Te escucho, Fabio. Cuéntame.
- Siempre he pensado que es una pena que sólo nos des un libro. Dijo Coelho que la existencia de la muerte nos anima a vivir más. O quizás, añadido yo, nos anima a vivir. Porque la muerte es el final, por mucho que los hombres que van al combate lo nieguen. Y qué pena que mis creencias me hagan tener esta idea. Mientras a algunos casi les sobra su único libro, a otros nos hace falta otro, o tres. O más. Tu libro es un conjunto de elecciones. Desde que uno comienza a escribirlo, decide. Comer el potaje o jugar con él y ensuciarse manos y cara. Este juego, o aquel otro. Según se redacta, la complejidad de las elecciones aumenta. Pasas de elegir entre A y B a elegir entre todas las letras del abecedario. Cada una con sus propias consecuencias, sus propios cambios, continuaciones de la historia, a veces con poca o

ninguna marcha atrás. Elecciones que, a medida que llenan un libro, hay que tomar de forma más forzada.

- Las elecciones forzadas son parte de la historia propia.
- Algunas elecciones vienen impuestas, otras no. Pero el escritor sólo puede elegir las opciones. No puede optar por no escoger. Siempre, hasta hoy, había pensado que esta imposible esperanza de escribir varios libros consistía en poder finalizar uno y comenzar a trabajar en uno nuevo. Seguir historias diferentes en cada obra, usando técnicas diferentes en cada uno de ellos, caminos diversos hacia un objetivo cuya consecución no se puede saber nunca si se logrará. Ahora mismo no me apasiona realmente poder escribir más de un libro. Me gustaría poder retroceder en el tiempo y alargar aquel capítulo acabado de cerrar, con la tinta casi húmeda; o volverlo a escribir, volverlo a sentir. El tacto de ese puñado de hojas es particular, irreplicable. Son todas sus características las que lo hacen tan especial. Desde la diferente caligrafía del sentimiento, errores gramaticales que ya quedan atrás y no se pueden subsanar. Unos errores producto de una elección que, habiendo ya cerrado aquella parte de la historia, posiblemente cambiaría. ¿Quién sabe? La más pequeña de las opciones no escogidas de una elección quizás hubiera causado un auténtico efecto mariposa en mi obra. Quizás no estaría hoy, aquí, hablando contigo. Es posible que mi libro adquiriese una carga diferente a la que hoy tiene.
- A tu edad es cuando más se escribe. Es ahora cuando una persona, joven como tú, Fabio, cierra la introducción para adentrarse en el nudo que escribirás en los próximos años.
- Y es ahora cuando se define el personaje principal, es ahora cuando el escritor toma ritmo, avanza, continúa su novela única. Con un progreso inevitable, impasible, que cae sobre ella con la delicadeza de la llovizna, como los de aquel abril; o como duro granizo, violento, ruidoso. Tal y como el tiempo cambia con las estaciones, los libros tienen sus primaveras de belleza, la emoción de los meses estivales, otoños de niebla. Periodos invernales de frío y oscuridad. Y es en esa época cuando cae la nieve, blanca y fina, que tras posarse con delicadeza se derrite, dejando en el libro una huella permanente, característica. Se filtra y humedece páginas posteriores, todavía blancas. Y el día que toque llenarlas de letras, de historias, uno podrá retroceder y sentir cómo besó aquel capítulo. O, quién sabe, cómo impregnó todas y cada una de las hojas siguientes, cambiándolas para siempre.

- Cuéntame cuándo nevó — pidió Ella.
- Las experiencias que más te cambian son aquellas que anticipas que así lo harán. Tras vivirlas y mirar atrás, te das cuenta de que el efecto que han tenido ha sido inmensamente mayor al que esperabas. Sabía perfectamente que dejar la isla, los amigos, y la familia durante un año me iba a cambiar. Tras varios años de despreocupación, era consciente de que mi viaje supondría un punto de inflexión: nueva universidad, nuevos compañeros, otras costumbres, otra sociedad, otras personalidades. Era un salto al vacío con arnés. Situarse en el borde, cerrar los ojos, inspirar, saltar hacia lo desconocido. Disfrutar de ese momento, sentir la emoción, la vida, el descenso libre. Hasta que la cuerda hace su trabajo, te frena. Entonces, ya ha terminado. Queda sólo remontar la altura del salto, te suben, te devuelven al punto de partida. Acabó la corta gran aventura, que repetiría sin dudarlo un solo instante. Hay veces que recuerdo ese momento como si todavía estuviera en él. Son vistas, olores, texturas, sensaciones y sentimientos. Esta es mi nieve, esta es el agua que ha bañado las hojas que estoy redactando.

En ese momento, la habitación pareció llenarse de minúsculas gotitas que se desvanecieron con la misma rapidez con la que ocuparon la sala. Fabio pudo ver, en una fracción de segundo, miles de imágenes grabadas en ellas. Tras un minuto en silencio, continuó:

- *L'Usine*, la facultad, *GareCornavin*, los trenes rojos, los picos nevados, tantos amigos. Aquel antro, el *Dix Bis*, local extraño donde los hubiera, que frecuentaban personajes tan variopintos como los que uno se podía encontrar en un local bohemio del siglo XIX, actualizado a nuestros tiempos. El peculiar acento local, la campana del tranvía, el "*lignetrois, destination Gardiol*" del trolebús todos los días de universidad. Aquellas miradas en clase, mal disimuladas cuando se cruzaban, seguidas de una fascinante incomodidad. Aquellas elecciones, las que me hicieron cambiar. Y también aquellas que no tomé, perdiendo, quizás, oportunidades y vivencias que pudieron ser y no fueron. Esas que uno recordaría hasta que posase la pluma por última vez, en la postrera página que cierra un libro, unos ojos, una historia, y una vida.
- Háblame del antes, y del después.
- Salir del nido. En ese momento no era consciente, me lo tomé como una experiencia fabulosa, una gran oportunidad de cambiar de aires. Consideraba que mi personalidad ya

estaba encauzada. Sabía que en este capítulo aprendí y cambié. Pero la extensión del cambio y del aprendizaje no se puede analizar de inmediato. Hay que volver al punto del salto, recuperar el aliento después de la descarga de vida y de adrenalina. Es entonces cuando puedo mirar atrás y sacar cuentas. Qué hice, qué obvié, cómo era antes y cómo soy ahora. Desde una perspectiva filosófica, hablando contigo en silencio. Habrá escritores que nunca se pararán a analizar en profundidad estos momentos; otros, conversarán contigo. Y será entonces cuando realmente verán y apreciarán las gotitas, las experiencias vividas.

- Cuéntame cómo fue tu llegada.
- Todo era diferente, nuevo, interesante. Lo que se aprecia a simple vista, como la arquitectura, la gente, los paisajes. Lo que se aprende al poco de arribar, como los formalismos, la actitud de las personas, los hábitos. Y lo que uno descubre tras un tiempo: las ciudades tienen vida propia, son personas. Ginebra me resultó reservada, bella, cosmopolita, sutilmente coqueta y formal de día. Misteriosa, cautivadora y profunda bajo la luz de la luna. Todo un cambio comparado con Gran Canaria, más bulliciosa, dulce, extrovertida, familiar, afable. Fue un apasionante comienzo desde cero en el que cualquier expectativa era susceptible de darte una sorpresa. Sin duda, fue uno de los mejores momentos. Era mi oportunidad de hallar nuevas visiones, de ser auténtico, natural. Hojas en blanco sin ninguna relación con el pasado que no fuera el propio protagonista. Ante un mundo y una sociedad desconocida, tuve que buscarme la vida. Fue cargar parte de una maleta en Canarias y rellenar el espacio vacío en Ginebra. Adquirir nuevos hábitos, ingeniármelas en una ciudad en la que las costumbres son muy diferentes.

Ella sonrió y lo miró a los ojos.

- ¿Era lo que esperabas, Fabio?
- En parte. Hubo cosas que había anticipado y que se confirmaron. La vida era cara, la gente era más fría que en Canarias. Otras cosas supusieron sorpresas, casi siempre agradables. Al poco de llegar a Ginebra comencé a valorar mucho más los pequeños detalles, justo aquellos que añoraba. Esta es una de las más grandes e importantes lecciones del capítulo: aprender a valorar lo que se tiene, y más todavía lo que se tiene y se puede perder. Nada es para siempre.

Fabio hizo una pequeña mueca.

- Al fin y al cabo —continuó—, en esto consiste irse de Erasmus, en adquirir experiencias. Justo para eso me marché, como otros tantos compañeros de facultad. Y estoy seguro de que si recapitulan, analizan y piensan sobre lo que vivieron allá adonde fueran, podrán sacar conclusiones muy valiosas. Este gran viaje ha sido lo mejor de mi etapa universitaria, ha sido el momento en el que más he aprendido. No tanto lenguas, teorías, técnicas, sino que he aprendido cómo escribir mejor, como mejorar al protagonista de mi novela. Esto es lo más valioso, algo que no te dan semanas de estudio o docenas de exámenes. Va más allá, es algo que se aprende saltando.
- ¿Te enamoraste, Fabio?
- Me enamoré. Me enamoré de vivir, de conocer otras gentes, culturas, costumbres, actitudes. De los innumerables nuevos retos, de la exigencia, de afrontar los problemas con decisión y fuerza.
- Supongo que habrá habido momentos malos, también— comentó Ella, sabiendo ya la respuesta.
- Uno podría pensar que podría haber sido cualquier mal trago a lo largo de ese año. Una discusión, un día en el que quizás estuve en soledad, o desanimado. Un día malo cualquiera. Quizás algún suspenso en alguna de las muchas asignaturas que tuve que cursar. No. El peor momento fue cuando el imposible e idealista deseo de que aquello no terminara llegó. Seis de septiembre, avión de vuelta a casa. La tristeza y la melancolía comenzaron a adquirir fuerza según el avión aumentaba su velocidad. La sensación de despegarme del suelo fue el clímax de estos sentimientos. Se veía la ciudad al fondo, casi al alcance de la mano. Desde la distancia sentí como la tocaba, despidiéndome.
- ¿Ginebra te respondió?
- Ginebra me dijo «hasta pronto». El capítulo lo cerré con «hasta siempre».
- ¿Duele?
- Aquello que me duele es que el tiempo pase, que no se pueda volver atrás y hacer las mismas elecciones que, inconscientemente, me han hecho vivir esta experiencia así. La vida sigue, muchos caminos se unen, y la mayoría, por mucho que no lo queramos, se vuelven a separar y permanecen íntegros en el único sitio donde son imborrables: la memoria.

Lentamente, las luces de la estancia comenzaron a bajar su intensidad. Los ojos de Fabio brillaban, cuando añadió:

- Ahora, no elijo seguir hacia delante y dejar atrás aquel año. Es una situación impuesta. Lo que puedo elegir es cómo pasar página con todas estas personas y experiencias en el portapapeles, para poder pegarlas en las miles de páginas que se avecinan.
- Gracias, Fabio.
- Hasta la próxima charla, Vida.